

América Latina y el nacionalismo continentalista¹

Andrés Rivarola Puntigliano²

Recibido: 13/02/2017

Aceptado: 29/04/2017

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo examinar el nacionalismo continental en América Latina. Se parte de la premisa que continentalismo es un proceso histórico de ideologización de una identidad colectiva. La primera sección del trabajo presenta una breve discusión sobre el concepto «nacionalismo», sus definiciones básicas y el debate alrededor de las mismas. En la siguiente parte, se desarrolla la evolución del nacionalismo latinoamericano que se van describiendo en forma de «impulsos».

Palabras clave: regionalismo, nacionalismo, continentalismo, América Latina.

¹ Este artículo es una reelaboración, actualizada y con cambios, de un artículo anterior: «El Nacionalismo Continentalista en Latinoamérica», *Anales*, no. 12, 2010, pp. 165-198.

² Doctor en Historia Económica de la Universidad de Estocolmo. Profesor asociado de Historia Económica del Departamento de Historia Económica de la Universidad de Estocolmo y profesor del Instituto de Estudios de América Latina de la misma Universidad. Especialista en integración regional, geopolítica, historia económica y regionalismo comparado, temas sobre los cuales ha publicado artículos en revistas académicas y editado libros. Actualmente se desempeña como Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo.

Latin America and the continental nationalism

ABSTRACT

This paper aims to examine the continental nationalism in Latin America. The paper is based on the premise that continentalism is a historical process of formation of an ideology of a collective identity. The first section of the paper presents a brief discussion on the concept of «nationalism», its basic definitions and the debate around them. In the next part, the evolution of Latin American nationalism is developed and described in the form of «impulses».

Key words: regionalism, nationalism, continentalism, Latin America

El nacionalismo es frecuentemente calificado como uno de los grandes males que acarrea la región. Se lo ha ligado al fascismo, al mercantilismo, se lo ha tildado de conservador y proteccionista. Esta visión negativa ha ido tomando mayor fuerza en el periodo posterior a la segunda guerra mundial, especialmente en círculos académicos pero también en importantes ámbitos políticos. Como todas las ideologías, el nacionalismo ha tenido diferentes vertientes pues ha sido visto de distintas maneras. Este artículo se centra en el estudio del «nacionalismo continentalista» en América Latina. Si bien es uno entre muchos existentes en la región, creemos que tanto por sus profundas raíces históricas como por su creciente influencia, merece ser identificado con particularidad.

Gran parte de la crítica al «nacionalismo» se basa en que supuestamente provoca una desviación de las normas exitosas, provenientes de «tipos ideales» en Europa occidental y Estados Unidos. Dichas críticas no toman suficientemente en cuenta los problemas que conlleva la transferencia de conceptos sin una apropiada contextualización, degenerando en irremediables prejuicios. No en vano, uno de los más reconocidos estudiosos sobre la formación de Estados en Europa, deja en claro que la experiencia europea no puede ser repetible³. En este sentido algunos expertos argumentan, con razón, que el eurocentrismo no reconoce las complejidades de la pe-

³ Tilly, Charles (compilador). *The formation of national states in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, p.17.

riferia⁴, y es un obstáculo para la comprensión de procesos de integración en otras partes del mundo⁵. Sigue teniendo vigencia en la actualidad el planteo de Eric J. Hobsbawm, observando que «el proceso de desarrollo de naciones y nacionalismo en viejos y establecidos Estados como Gran Bretaña y Francia, no ha sido estudiado con mucha profundidad.»⁶ Esto crea un problema para la misma Europa, ya que los mitos pasan a vivir por sí mismos, alejándose de la realidad que los creó y por ende, de comprender la realidad que los desafiaba, tanto en el centro como en la periferia.

Una manera de confrontar este problema es ver los objetos de estudio como «espejos invertidos», vale decir, ver al otro sin perder de vista lo propio y viceversa. Otra manera, es ver los procesos locales desde una perspectiva sistémica, en los cuales transformaciones globales conllevan a isomorfismos locales de modelos considerados exitosos, así como a modelos alternativos a la norma. La perspectiva sistémica no significa que lo único que cuentan son las variables exógenas, pero sí que las fuerzas y actores endógenos se van creando y recreando en estrecha relación con estas. Creemos que es así para la mayoría de los temas relacionados con ciencias sociales, y sin duda que lo es así para el caso del «nacionalismo». La gestación de ideas nunca surge ni huérfana de historia, ni de inspiración de otros ámbitos culturales, ni de las condicionantes del sistema mundial.

Más allá de estos parámetros metodológicos dejemos claro que esto no pretende ser un estudio comparativo. La mención a los «tipos ideales» es una forma de problematizar el uso del concepto nacionalismo en el contexto latinoamericano, que es el espacio elegido para este artículo. En este, se pueden observar distintos tipos de nacionalismos, entre los elegidos es de relevancia centrar nuestra atención en un tipo particular, que denominamos «nacionalismo continentalista». Un planteo central del trabajo es el considerar al continentalismo como un proceso histórico de ideologización de una identidad colectiva⁷. Ha convivido y combatido con otras ideolo

⁴ Paradiso, José. «Europeísmo y eurocentrismo», *Puente@Europa*, vol. 5, no. 3, noviembre 2007, p. 65.

⁵ Söderbaum, Fredrik. «Rethinking Regions and Regionalism», *Georgetown Journal of International Affairs*, verano - otoño 2013, pp. 9-18.

⁶ Hobsbawm, Eric J. *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 11.

⁷ Sobre el tema de construcción de identidades colectivas en América Latina, Cf. Eisenstadt, Shmuel N. «The construction of collective identities in Latin America: beyond the european nation state model», en: Roniger, Luis y Mario Sznajder (compiladores). *Constructing Collective Identities and shaping public spheres. Latin american paths*, Portland, Sussex Academic Press, 1998.

gías pero ha permanecido, logrando un aumento gradual de su influencia y la constante construcción de una plataforma propia. Naturalmente en este proceso gradual existe una gran cantidad de contradicciones que no podremos abarcar. Nos contentamos aquí con demostrar que hay un proceso y que la tendencia es a un creciente nacionalismo continentalista⁸, ligado a determinantes del sistema mundial.

La primera sección de este trabajo presentará una breve discusión sobre el concepto «nacionalismo», sus definiciones básicas y el debate alrededor de las mismas. En la siguiente parte se desarrolla la evolución del nacionalismo latinoamericano que en los subsiguientes capítulos iremos describiendo en forma de «impulsos». La evolución del continentalismo no es un proceso lineal, sino que está marcado por períodos de impulso y freno. En el «impulso» final plantearemos el significado de este nacionalismo en el actual contexto histórico, intentando ver cuáles son las continuidades y diferencias dado el actual entorno sistémico.

1. El demonio nacionalista

Los estudios sobre nacionalismo tienen un notable marco de referencia en un trabajo realizado por Hobsbawm, en el cual se señala que las «naciones no hacen los Estados y los nacionalismos, sino que al revés.»⁹ Vale decir, todos los Estados - Nación se han formado con base en nacionalismos, y todos los nacionalismos son una ideología. Siguiendo las ideas de Ernst Gellner sobre el tema, Hobsbawm mantiene que es un mito considerar a las naciones como creaciones divinas. La realidad, sostiene el autor, no está hecha por naciones, sino por los nacionalismos que las inventan y (agregamos) las destruyen. Este es un punto a tomar en cuenta ya que nos ayuda a desligar el centro de la atención en los Estados - Nación como entidades dadas para concentrarnos en la dialéctica de los procesos sociales que los mantienen y desafían. Las naciones modernas no existen sólo como funciones de un territorio sino que también participan en el con

⁸ Hemos hecho referencias a esto en otros trabajos. Cf. Rivarola Puntigliano, Andrés. «A Zeal Perspective of Latin American Dichotomies», *Stockholm Review of Latin American Studies*, no. 3, diciembre 2008, pp. 33-43; Rivarola Puntigliano, Andrés. «De CEPAL a ALALC: tres vertientes del pensamiento regionalista en Latinoamérica», en: Briceño Ruiz, José, Rivarola Puntigliano, Andrés y Ángel Casas Gragea (eds.). *Integración latinoamericana y caribeña. Política y economía.*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2012, pp. 79-104.

⁹ Hobsbawm, E. J., *op. cit.*, p. 10.

texto de un eslabón particular en un proceso de desarrollo tecnológico y económico. Por ende, cuando las condiciones económicas y tecnológicas cambian, también lo hace la base por la cual se han creado los Estados que pasan a requerir nuevas dimensiones y formas de definir «lo nacional».

Estas ideas no han tenido mucha aceptación en el área de ciencias sociales donde el nacionalismo ha sido generalmente condenado como responsable de ambiciones territoriales y egoísmos particularistas. Gustavo de las Casas explica que parte de la razón de odio al nacionalismo se basa en la reverencia divina que se le tiene a la racionalidad del *homo economicus*¹⁰, con el consecuente ideal en el individuo independiente para formular sus decisiones económicas. El nacionalismo amenaza esta «racionalidad individual» planteando un fin colectivo superior. Otra explicación acerca del rechazo al nacionalismo podría ser la reacción desde los centros hegemónicos al desafío de un nuevo nacionalismo; «alimentado por una serie de oleadas independentistas en las áreas periféricas de la economía mundial.»¹¹ Según Immanuel Wallerstein, este nacionalismo era una reacción a las normas universalistas provenientes de los Estados dominantes del centro; tanto las del liberalismo anglosajón como el comunismo pro-soviético.

Siendo rechazado en y por el «centro», el nacionalismo adquiere un lazo íntimo con la periferia. Como bien señala Wallerstein, esto no es algo nuevo dado que el nacionalismo tiene raíz en el período Napoleónico, cuando los Estados europeos reaccionan contra los planteos «universalistas» provenientes del arsenal de pensadores franceses; cuyas normas se imponían con los cañones de Napoleón Bonaparte. Fue así, la Europa «periférica» quién primero usó el nacionalismo contra un centro normativo que, después de la derrota de Napoleón (aunque no de los planteos modernizantes provenientes de Francia), pasa a ser Gran Bretaña con su interpretación del liberalismo. Fue contra los postulados económicos e ideológicos de la «pérfida Albión» que el famoso economista político alemán Fredrich List reacciona a comienzos del siglo XIX. List mantenía que si hubiera sido inglés, seguramente nunca habría dudado de los fundamentos en la teoría de Adam Smith. Es su proveniencia y lealtad a la periférica nación alemana, con respecto al primer Estado - nación industrial del

¹⁰ Casas, Gustavo de las. «Is Nationalism Good for You?», *Foreign Policy*, marzo - abril 2008, p. 52.

¹¹ Wallerstein, Immanuel. *Geopolitics and geoculture. Essays on the changing world-system*, Nueva York, Press Syndicate of the University of Cambridge, 2001, p. 156.

mundo, que determina la posición crítica de List a la teoría del libre cambio proveniente del liberalismo inglés¹².

Una de las propuestas centrales de List para el desarrollo fue la unidad de los estados alemanes en una unión aduanera, *zollverein*, como primer paso a la construcción de un Estado de mayor dimensión. Hacia fines del siglo XIX este tipo de planteos van convergiendo con ideas provenientes de la filosofía, política y geografía. Toma así cuerpo una poderosa crítica al liberalismo anglosajón en la geografía política y geopolítica del norte de Europa. Hombres como el alemán Friedrich Ratzel y el sueco Rudolf Kjellén impulsan un pensamiento singular que es incorporado a un *Weltanschauung* (visión del mundo) propio del nacionalismo en esta región¹³. Sin embargo, Alemania perdió la Guerra y el «nacionalismo» fue detractado como sinónimo de «geopolítica» y de «cooperativismo» y «estatismo», por el dominante liberalismo anglosajón. Bajo diversas etiquetas se demoniza al nacionalismo, asociándolo, en gran medida, al fascismo europeo.

Todos estos acontecimientos en Europa tienen su equivalente en el continente americano, que no funcionó, ni funciona, como mero receptor de modelos.¹⁴ El nacionalismo en América Latina tiene raíces propias, por lo cual, como veremos en adelante, no se debilitó con el Europeo, en la época de post-guerra. Al contrario, toma fuerza en América Latina, donde se buscaba poner énfasis en las particularidades de las áreas periféricas de la economía mundial.¹⁵ No se equivoca Wallerstein sobre el papel de avanzada del nacionalismo en América Latina durante el período post-guerra, pero también lo tuvo a comienzos del siglo XIX en lo que Benedict Anderson denominara el «nacionalismo criollo»¹⁶, de donde surge lo que aquí llamamos el «nacionalismo continental». Esto no es solo una avanzada para el «nacionalismo» en general, sino que lo es, en especial, para el nacionalismo tercermundista que predomina a mediados del siglo XX. Un nacionalismo, que según Frantz Fanon, era «liberador» en su afán anti-colonial, así como «continental» en su búsqueda de una sólida plataforma para confrontar las grandes potencias.¹⁷

¹² List, Friedrich. *National system of political economy*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1856, pp. 69-70. Original 1841.

¹³ Para mayor lectura, Cf. Weigert, Hans W. *Generals and geographers. The twilight of geopolitics*, Nueva York, Books for Libraries Press, 1972.

¹⁴ Anderson, Benedict. *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, Nueva York, Verso, 2006 [1983], p. 57.

¹⁵ Wallerstein, I., *op. cit.*, p. 153.

¹⁶ Anderson, B., *op. cit.*, p. 217.

¹⁷ Fanon, Frantz. *The wretched of the earth*, Nueva York, Grove Press, 1963.

2. El primer impulso del nacionalismo continentalista

El continentalismo en América Latina tiene profundas raíces históricas, anteriores al mismo concepto de América Latina. Se puede decir que el nacionalismo continentalista está compuesto por distintas capas de identidades. Una de éstas era el sentimiento de pertenencia a los Estados ibéricos, a través de las identidades hispano - y luso- americanas. Había muchas otras, especialmente aquellas que no tenían conexión ibérica (indígenas o africanas), pero ninguna tenía dimensión continental. Esto no les quita relevancia, la tuvieron y la siguen teniendo, pero como vertientes en el proceso de formación del nacionalismo continental.

En lo que respecta al hispanoamericanismo el sentimiento común estaba fuertemente arraigado a lo largo del territorio dominado por el estado español, que hasta comienzos del siglo XIX se estrechaba desde la Pampa del sur hasta hacer frontera con la Alaska Rusa¹⁸ en el norte de América. Según Leopoldo Zea, el sentimiento de pertenencia a la corona española tenía tan profundo arraigo que el conflicto original con la corona no era reclamando independencia, sino igualdad de derechos para los criollos.¹⁹ No obstante, si bien los criollos eran los que mantenían los contactos dentro de la región y con los Estados ibéricos, no representaban la gran masa de la población. El mantenimiento del orden monárquico era también una forma de evitar otorgar derechos a las masas desposeídas del continente. Derechos de igualdad social y económica que toman fuerza con el triunfo independentista en las colonias inglesas en 1783, la revolución francesa en 1789 y (lo más temido) por parte de los esclavos franceses en Haití, en 1804. Corren escalofríos entre los esclavistas de América y Europa ante el surgimiento del primer jefe de Estado negro, fuera de África: Jean-Jacques Dessalines.

He aquí el panorama por el cual el primer grito independentista de las juntas locales de Buenos Aires a Ciudad de México no fuera por la creación de Estados independientes sino por el mantenimiento del tutelaje monárquico. Si bien monárquico y oligárquica, valga remarcar que los primeros brotes de expresión nacionalista en la región fueron continentales. No por casualidad, de sur a norte, se expresan

¹⁸ Este territorio al extremo norte del dominio español en América es sucesivamente perdido hasta que España pacta la entrega de Oregón a los Estados Unidos en el Tratado Adams-Onís (1819).

¹⁹ Zea, Leopoldo. *Filosofía de la historia americana*, México D.F, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 220.

en conjunto, varias juntas hispanoamericanas. Por cierto que las fuerzas independentistas también existían en la región luso-americana que ya había tenido rebrotes republicanos insurgentes en 1798.²⁰ Sin embargo, en Brasil, las oligarquías criollas logran hacer lo que no pudieron las hispanas: mantener la unidad del territorio colonial portugués. No podemos adentrarnos en esto, pero influye aquí la particularidad histórica de la mudanza de la familia real portuguesa (los Braganza) a Rio de Janeiro (22 de enero de 1808) y la estrecha vinculación que estos mantenían con Gran Bretaña. Pronto será ésta la nueva tutela de la oligarquía brasilera, que entregó mucho, pero nunca en la unidad territorial. Incluso existía ya, en los mismos albores de la independencia brasilera, una línea integradora y continentalista, proseguida por el primer Ministro de Negocios Extranjeros del Brasil independiente, José Bonifácio de Andrada a Silva; quién hablará en pro de la «solidaridad continental», pronunciándose por un «un proyecto de defensa mancomunada y libre comercio de las soberanías de América.»²¹

Volviendo a la América española, una de las figuras que marcaron los albores del continentalismo hispanoamericano fue Francisco de Miranda. Al igual que los otros criollos, la primera identidad de Miranda fue de fidelidad a la patria de su padre: España.²² Una fidelidad que por otra parte, esperaba le hiciera justicia a las aspiraciones de ascensión social que le negaban la oligarquía criolla de Caracas (los llamados «mantuanos»). Como joven oficial del ejército del rey en España, toma contacto con las nuevas ideas de la ilustración que poco a poco lo van sublevando hasta desertar camino a Estados Unidos, en 1783. Comienza así la carrera de quién le colocará el primer nombre a la nueva nación continental: Colombia. Naturalmente, no pensando en la actual Colombia, sino en una gran nación hispanoamericana.

Entre sus viajes e incontables contactos mencionamos particularmente su pasaje por Italia, donde se relaciona con los expulsados jesuitas, un grupo con profundo conocimiento de la región americana que además ya expresaba ideas independentistas. Entre las que hicieron mayor impacto en Miranda está el manifiesto del prelado Juan

²⁰ Burns, Bradford, E. *A history of Brazil*, Nueva York, Colombia University Press, 1980, pp. 140-141.

²¹ Reza, Germán A. de la. *El ciclo confederativo. Historia de la integración latinoamericana en el siglo XIX*, Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2012; Cf. también: Anjos, João Alfredo dos. *José Bonifácio. Primeiro Chanceler do Brasil*, Brasília, FUNAG 2008, p. 288.

²² Bohórquez Morán, Carmen L. *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Fundación Editorial el Perro y la Rana 2006.

Pablo Viscardo y Guzmán. Nacido en Arequipa. Viscardo había tomado partido por la revolución de Túpac Amaru II (1742-1781) en 1780 (coincidente con la revolución en las colonias inglesas de Norte América) y escribe más tarde (en Inglaterra, 1792) su famosa «Carta a los Españoles Americanos». Esta es una justificación ideológica de la independencia americana y quizás, la primera que también justifica la identidad hispanoamericana en oposición a España. Miranda entiende el valor de esta carta, originalmente escrita en francés, y luego de traducirla al castellano se encarga de difundirla como propaganda ideológica.²³ El propio Miranda redacta después uno de los primeros documentos continentalistas, su proclama de 1806 a los Pueblos del Continente Colombiano (alias Hispano-América). Para Miranda, la única garantía de soberanía estaba en la integración en una entidad de carácter permanente a modo de asegurar su independencia como potencia política al igual que su desarrollo económico.

Es esta misma línea de pensamiento que más tarde lleva adelante Simón Bolívar (1783-1830), quién hace eco de la propuesta de Miranda de organizar un congreso continental a realizarse en el istmo de Panamá.²⁴ Si bien Miranda fue el gran identificador de la nueva nación, será Bolívar quien por primera vez dirija su institucionalización en el Congreso de Panamá, 1826. El joven *mantuano* de Caracas (Bolívar) había finalmente llegado a transformarse en un líder del nacionalismo hispanoamericano, convencido de que sólo en la unidad estaba la verdadera independencia. Al igual que Miranda, también va comprendiendo que tanto la victoria sobre España, como la consolidación de la nación continental, no serían posibles sin la participación de las masas desposeídas. Si bien los criollos comienzan a desarrollar una identidad propia, no se desprenden del miedo a perder sus privilegios. En algunos casos dejando abierta la posibilidad de un acuerdo con la corona, en otros, eliminando la autoridad española pero sin fomentar el radicalismo republicano en las nuevas sociedades. En la segunda vía obtendrían apoyo de Gran Bretaña, bien ejemplificado en el caso brasileño.

Después de varios intentos fallidos de revolución, Bolívar, según Vivian Trías, comprende cabalmente desde su exilio en Jamaica y Haití (en contacto directo con los nuevos líderes revolucionarios), «que sólo las masas son insobornables patriotas, que la cuestión social y la cuestión nacional, en estas tierras, se confunden en un solo postu-

²³ *Ibidem*, p. 159. Miranda publica la carta en su versión francesa en 1799 y en su versión española en 1801.

²⁴ *Ibidem*, p. 355.

lado.»²⁵ Un antecedente significativo de esto es un decreto de enero de 1814, en el cual se declara que toda propiedad pertenece al Estado, así como un decreto donde se libera a los esclavos. Es discutible cuán abolicionista era Bolívar, pero no cabe duda que el continentalismo estaba ligado a la «igualdad de los colores».²⁶ Los indios, mestizos, gauchos y esclavos no tenían los beneficios de las casas comerciales, rentas de aduana o ganancias por exportaciones. Más allá de Bolívar²⁷, el «nacionalismo criollo» del que habla Anderson se enfrenta al nacionalismo continentalista, multiétnico, y con un planteo igualitario que lo pondrá a la cabeza de la modernización social.

La *Patria Grande* de Bolívar y sus fuentes de apoyo significaban una amenaza para los intereses británicos, la nueva potencia dominante, emergente del Congreso de Viena en 1815. Los británicos eran escépticos sobre el surgimiento de un nuevo Estado que desafiara sus intereses, particularmente en lo referente a acuerdos económicos preferenciales y la emancipación de Cuba.²⁸ Aún más negativa era la posición de los Estados Unidos de América que rechazaba el abolicionismo de Bolívar y, sobre todo, un fuerte Estado hispano que bloqueara su expansión hacia el oeste. Por todo esto, Bolívar tampoco era popular entre los mantuanos de Venezuela que rechazaban enteramente los planes de inclusión social implícitos en una confederación liderada por Bolívar. Tampoco era popular entre las élites «unitarias» del Río de la Plata, en especial en los comerciantes de Buenos Aires, aliados a los intereses británicos. No estaban dispuestos a ceder poder a un Estado central (continental) con una ambiciosa agenda social que incluía la abolición de la esclavitud. Esto significaba un conflicto los caudillos «federalistas» del Río de la Plata.

Los federalistas rioplatenses representaban las provincias que intentaban mantener la unidad del viejo Virreinato del Río de la Plata en las llamadas, Provincias Unidas. A diferencia de los «unitarios» con base en Buenos Aires, buscaban una estructura confederada que (en la unión) concediera cierta autonomía a las provincias. Esto era sólo parte del enfrentamiento, que tenía como línea central una diferencia en la política económica. La oligarquía porteña, aliada a los

²⁵ Trías, Vivian. *Bolívar. Personajes y episodios*. Obras de Vivian Trías, tomo no. 15, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992, p. 33.

²⁶ *Ibidem*, p. 34.

²⁷ Sobre el carácter social de la revolución y las propias limitaciones de Bolívar a comprenderlo, Cf. Bosch, Juan. *Bolívar y la guerra social*, Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1980.

²⁸ Kaufmann, William W. *British policy and the independence of Latin America*, Nueva Haven, Yale University Press, 1951, pp. 212-215.

intereses británicos, perseguía un modelo librecambista basado en el dominio centrado en las casas comerciales del puerto de Buenos Aires, mientras que los federalistas buscaban la protección a la rudimentaria industria local y el control del comercio de ríos. La plataforma de gobierno más avanzada entre los líderes federalistas, fue la de José Gervasio Artigas, cuyos decretos de reforma agraria, abolición de la esclavitud, derechos de tierras a los indígenas, protección de producción nacional, entre otros, fueron un ejemplo de modernidad. La alianza entre los unitarios y el Imperio de Brasil finalmente derrota a Artigas en 1820, pero no a los ideales federalistas. Si bien se oponían a la centralización autocrática de Buenos Aires, su fuerte rechazo al dominio oligárquico y a la injerencia imperial externa los van acercando al continentalismo bolivariano.

Cuando Bolívar luchaba por sacar adelante el Congreso de Panamá, los unitarios (derrotado Artigas) lideraban las Provincias Unidas y lograron bloquear su participación en este evento. La conspiración de Bolívar con el nuevo caudillo federal, Manuel Dorrego, contra los unitarios, se frustra con el golpe y fusilamiento a Dorrego. Esto resta apoyo a dos planes estratégicos de Bolívar, una campaña contra Brasil y otra para emancipar Cuba (que era uno de los puntos centrales del Congreso de Panamá).²⁹ Este objetivo era también otra de las razones por las cuales Estados Unidos se resistía al mismo, pues ya en ese entonces había grupos buscando una anexión de Cuba.

Sin un Estado fuerte en el cual apoyarse y sin ayuda de potencias externas que preferían aliarse a oligarquías locales, no había posibilidad para la realización del continentalismo. Las masas populares inspiradas por las ideas de igualdad en el republicanismo francés, de libertad en el republicanismo estadounidense y por las fuerzas humanistas desde el catolicismo, no pudieron aunar fuerzas para dirigir el proceso. El exilio de Artigas, el exilio de Bolívar y los asesinatos de Antonio José Sucre, fueron golpes fatales para el primer impulso del incipiente nacionalismo continentalista.

Se evidencia entonces la fragmentación hispanoamericana, asumiendo el poder las oligarquías locales que aceptan la lucrativa subordinación a las nuevas metrópolis del pujante mercado internacional. Gran Bretaña y pronto Estados Unidos, asumen el papel directriz y estos poderes externos «no tuvieron temor en tomar ventaja de las debilidades de los nacientes Estados en América Latina: las modernas fronteras de Belice y Guayana (antiguas colonias británicas) fueron aseguradas a principios del siglo XIX, y México pierde parte de su

²⁹ Trías, V., *op. cit.*, p. 57.

territorio frente a Estados Unidos.»³⁰ Siguiendo «la tradición establecida por los poderes europeos, los Estados Unidos toma control de las aduanas en varias repúblicas a modo de asegurar el pronto pago de deudas externas y a modo de impedir nuevas intervenciones europeas.»³¹ El fracaso del continentalismo condujo exactamente a lo que temían Miranda y Bolívar.

El temor de las repúblicas hispanas a las repetidas agresiones desde los Estados Unidos y potencias europeas es motivo fundamental para la convocatoria, en 1847, del primer Congreso Americano de Lima y del segundo Congreso Americano (1864-1865) realizado en Santiago de Chile.³² Ambos congresos son relevantes ya que significan nuevos pasos de institucionalización continental tras el primer intento de Bolívar. En el caso del segundo congreso, incluso, se invitó a participar a Brasil aunque este país, todavía monárquico y esclavista, se mantenía a distancia de sus vecinos. Brasil se mostraba cada vez más cercano a lo que los demás percibían como una creciente amenaza: Estados Unidos.

La primera víctima hispana de la agresión estadounidense es México, tras la anexión de Tejas en 1835 y la toma final de un espacio que correspondía a cerca de un tercio de territorio mexicano en 1848. En la segunda mitad del siglo XIX, Estados Unidos también realiza repetidas intervenciones militares en Centroamérica. Es en este período que el poeta colombiano Torres Caicedo escribe su libro *Unión Latinoamericana* (1864), en el cual ataca tanto a las monarquías europeas, como al expansionismo estadounidense.³³ Irónicamente, orres Caicedo fallece en 1889, el mismo año que se realiza la primera Conferencia Internacional Americana, un intento de absorber a la América latina, dentro de un continentalismo hemisferio dominado por Estados Unidos: el panamericanismo. De esta conferencia surge la primera propuesta de un unión aduanera hemisférica.³⁴ Si bien esta idea fracasa, a nivel político se sientan las bases para el sistema

³⁰ Bulmer-Thomas, Victor. *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 21-22.

³¹ *Ibidem*, p. 48.

³² Además de la agresión estadounidense a México, tenemos la ocupación por parte de España de las islas peruanas de Chincha (1864) y guerra Hispano-Peruana, terminando en el bombardeo de Valparaíso por parte de la flota española en 1868. El mismo año se produce la ocupación de México por parte de Francia (con apoyo inglés), entre 1864-67.

³³ Ardao, Arturo. *Nuestra América Latina. Temas latinoamericanos 1*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

³⁴ Morgenfeld, Leandro. *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2011.

inter-americano consolidado con la creación de la Unión Panamericana, en 1910; quizás, la primera entidad regional permanente en el hemisferio. Se intenta desarrollar una nueva identidad continental en un momento histórico marcado por el fin del imperio español en el hemisferio, el debilitamiento del británico y la creciente influencia de Estados Unidos. Más allá de su poderosa fuente de apoyo, o quizás justamente por ella, el panamericanismo nunca llega a tener arraigo popular. Por lo contrario, es en el mismo período, desde el puño militante de Torres Caicedo, que nace América Latina, la identidad opositora que se irá fortaleciendo como la síntesis de los planteos continentalistas desde Miranda.

3. El segundo impulso

Un punto clave es la Guerra de Independencia en Cuba. Ya desde la toma de Texas, Estados Unidos ofrecían a España comprar la isla con el objetivo de anexarla a su territorio, con el constante temor de evitar que esta fuera tomada por Gran Bretaña.³⁵ Sin embargo, la anexión de Cuba resultó ser parte de la lucha interna entre los estados esclavistas del sur y los abolicionistas del norte. Los primeros querían incorporar a la Cuba esclavista a modo de fortalecer su posición en el enfrentamiento con los abolicionistas, lo cual fue resistido por éstos últimos.³⁶ Ya en ese entonces, Cuba no sólo tenía importancia en la lucha entre las grandes potencias, sino que era parte de la política interna en Estados Unidos. Pronto adquirirá también un papel relevante en la confrontación hemisférica.

El movimiento independentista cubano ya existía desde 1868, cuando comienza la primera guerra de la independencia en Cuba.³⁷ Entre los nombres más notables encontramos el poeta y periodista José Martí (1853–1895), muerto en combate contra las tropas españolas pocos años antes del fin de la era colonial. No se dispone de espacio para profundizar sobre la enorme obra de Martí, pero sí se quiere resaltar su papel como periodista desde el cual difundía su pensamiento por toda Hispanoamérica por medio de crónicas para diarios y revistas de México y Suramérica, sobre todo para *La Nación* de Buenos Aires.³⁸ Entre las ideas difundidas por Martí, remarcamos

³⁵ Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *De Martí a Fidel. A Revolução cubana e a América Latina*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1998, p. 17.

³⁶ *Ibidem*, p. 18.

³⁷ Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial S.A., 2004, p. 278.

³⁸ Ureña Henríquez, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 168.

la reintroducción del concepto «Nuestra América.» Este fue anteriormente utilizado por Miranda a partir de 1783 y su uso importa dado que el «énfasis puesto sobre el pronombre posesivo «nuestra» indica ya una primera particularización de América. Más aún, se trata de una primera afirmación de su diferencia: es la América que no es anglosajona».³⁹

Está presente el «continentalismo» como identidad, usado como contraposición a Estados Unidos y lo que se percibía como su arrogancia imperial.⁴⁰ Más allá de Martí, pero seguramente fomentado por sus encendidas crónicas nacionalistas, causó gran conmoción en la región la intervención estadounidense en el conflicto cubano, dejando de lado al movimiento independentista nacional, a través de un arreglo directo con España. En el Tratado de París (diciembre de 1898), España renuncia definitivamente a Cuba y cede a Estados Unidos, Puerto Rico, Guam y el Archipiélago de Filipinas, en el Océano Pacífico. Ese mismo año Estados Unidos también toma a Hawái. Cuba queda entonces ocupada por Estados Unidos y en 1901 su soberanía es limitada, formalmente, a través de la *Army Appropriation Act* (Ley de Presupuesto del Ejército) de 1891.⁴¹ Pocos años después, Panamá era separada de Colombia y, Estados Unidos imponía su autoridad sobre el estratégico canal del istmo.

La violación a la autodeterminación cubana conmovió al subyacente sentimiento nacionalista hispanoamericano. Es justo en este momento que el uruguayo José Enrique Rodó escribe *Ariel*, publicado en 1901. Este libro tuvo un enorme impacto en la intelectualidad hispanoamericana, que todavía no había abrazado la identidad latinoamericana. Se hablaba de «la América Latina», de «Nuestra América», «Hispanoamérica», e incluso de «América» como identidades propias. Por otro lado, ya se incluía a Brasil dentro de «lo hispanoamericano» en el marco más amplio de «lo iberoamericano», avanzando así en el camino hacia la convergencia de identidades en su síntesis latinoamericana. El papel de Rodó es trascendental ya que se transforma en la voz de un movimiento continentalista que va más allá de intelectuales aislados. Con Rodó el nacionalismo pasa a una nueva dimensión, tomando una plataforma filosófica propia.

³⁹ Bohórquez Morán, C. L., *op. cit.*, p. 201.

⁴⁰ Ver: Martí, José. *Obras completas de Martí*, no. 21, La Habana, Editorial Trópico, 1940.

⁴¹ Enmienda redactada por el senador Orville H. Platt, por medio de la cual su país conseguía, entre otras cosas, derechos de intervención en asuntos internos de la isla así como derecho a tener bases militares (Guantánamo).

Rodó es sin duda clave con su reivindicación de la unidad histórico-cultural del conjunto de la América Latina como base de todo esfuerzo de modernización. Se puso en las antípodas de la posición hasta entonces predominante, según la cual «civilizar» significaba borrar las raíces culturales ibéricas. Rodó era favorable a modernizar, pero buscando lo positivo en lo propio, a modo de evitar imitaciones acríticas. Es así que Rodó busca reflatar la figura de Bolívar, rechazando la idea de «la patria chica» y exaltando la visión continental de la «magna patria.»⁴² Una novedad es la inclusión de Brasil. Para Rodó, las bases comunes entre la lengua española y portuguesa, es la base para «los sentimientos comunes que son claves en su visión [latino] americanista [...] más que dos lenguas distintas son como dos modulaciones, como dos matices de un solo idioma. Y esa relación de semejanza intrínseca, de casi identidad, se complementa con las vinculaciones históricas elocuentísimas.»⁴³ Quién da un paso definitivo es el argentino Manuel Ugarte, llamado, sin ambigüedades, a incluir a Brasil en la «nación latinoamericana». En la línea de Rodó, Ugarte fue uno de los grandes intelectuales que presentaron y propagaron propuestas en torno a una unidad nacional latina en el continente americano. En el caso de Ugarte, refiriéndose ya explícitamente a la identidad latinoamericana, de la cual Brasil no era un componente anexo o ajeno, sino un elemento central.⁴⁴ Como hemos señalado en otra oportunidad⁴⁵, estas nuevas visiones, nacional-regionales, tienen también su repercusión en el ámbito cultural e intelectual brasileño. Por ejemplo, en jóvenes intelectuales como el renombrado antropólogo Gilberto Freyre, quién tenía particular atracción por la filosofía y literatura española de autores como Angel Ganivet, Miguel Unamuno y José Ortega y Gasset.⁴⁶

Las expresiones continentalistas no son sólo caprichos de intelectuales. Ya había antecedentes impulsados por Estados, como ser el Congreso Científico Latinoamericano, realizado en Buenos Aires,

⁴² Por un análisis positivo de Rodó Cf. Ardao, Arturo. *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Caracas, Monte Ávila Editores Ltda., 1978, pp. 111-169.

⁴³ Newcomb, Robert Patrick. «José Enrique Rodó: «Iberoamérica,» the Magna Patria, and the Question of Brazil», *Hispania*, vol. 93.no. 3, 2010, pp. 368-379.

⁴⁴ Barrios, Miguel Ángel. *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2007.

⁴⁵ Rivarola Puntigliano, Andrés. «Brasil, América Latina y la Integración Regional», *Revista IMELA-UNILA*, vol. 1, no. 2, pp. 73-87.

⁴⁶ Rugai Bastos, Elide. *Gilberto Freyre e o pensamento hispânico. Entre Dom Quixote e Alonso el Bueno*, Bauru, EDUSC/ANPOCS, 2003, p. 156.

en 1898 y en Río de Janeiro, en 1905.⁴⁷ Pocos años después, en 1908, se reúne en Montevideo el Primer Congreso de Estudiantes de América Latina con participación de estudiantes de Paraguay, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia y Perú. Se debe destacar el uso de la palabra América Latina como título de estos congresos, y no es de asombrar que el invitado principal del banquete de clausura del congreso de estudiantes fuera justamente José Enrique Rodó⁴⁸. A un año de la humillación del nacionalismo en Cuba, Rodó se dirige a los jóvenes de la América Latina, mirando hacia delante, apuntando a la nación futura; posiblemente tengamos en este punto otra clave de su enorme impacto.⁴⁹

Esto fue una antesala de la explosión estudiantil en torno a la reforma universitaria del año 1918 en Córdoba, Argentina, sobre el cual Rodó y el renovado continentalismo, ya latinoamericano, tienen profunda influencia. El continentalismo también está presente en la revolución mexicana de 1910 (la primera gran revolución del siglo XX), que irrumpe con su clamor de justicia social y anti-imperialismo. Sus representantes ocupan lugares destacados, como José Vasconcelos (1882-1959), el autor del libro *Raza Cósmica. Misión de la Raza Iberoamericana*, que fuera nombrado ministro de cultura del gobierno de Álvaro Obregón. Cercano a Manuel Ugarte y haciendo eco de sus planteos, desde el norte, Vasconcelos llamaba a una América Latina unida para enfrentar a los Estados Unidos, sustentando la idea de que México estaba peor que una colonia.⁵⁰ En 1925 se funda la asociación Unión Latinoamericana con destacadas figuras del ambiente político e intelectual. Esta organización le da a Ugarte una plataforma para lanzar su estrategia para el progreso de la región, que se basaba en tres puntos cardinales: 1) la *industrialización*, 2) la *integración* y la creación de 3) una sociedad *democrática y multicultural*.⁵¹ En la región andina se observa también un efecto de todas estas iniciativas en la formación del primer partido político netamente latinoamericanista: la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1924.

⁴⁷ INTAL. «Historia Latinoamericana. Congresos Científicos Latinoamericanos», *Integración Latinoamericana*, vol. 2, no. 14, Junio 1977, pp. 95-96.

⁴⁸ Methol Ferré, Alberto. «Del Arielismo al MERCOSUR», en: Zea, Leopoldo y Hernán Taboada (compiladores). *Arielismo y globalización*, México D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2002, p. 33.

⁴⁹ Esta frase se la debo a Alberto Methol Ferré, a quién le estoy profundamente agradecido por amigables y enriquecedoras conversaciones.

⁵⁰ Devés Valdés, Eduardo. «O Pensamento nacionalista na América Latina e a reivindicação da identidade econômica (1920-1940)», *Estudos Históricas*, no. 20, 1997, p. 2.

⁵¹ Barrios, M. Á., *op. cit.*, p. 71.

Este movimiento fue dirigido por Víctor Haya de la Torre, otro de los tantos inspirados por el mensaje de Rodó y sus sucesores.

El continentalismo prosigue su consolidación en un nacionalismo que va adquiriendo formas concretas. Estamos todavía lejos de la utopía lanzada por Ugarte, de la conformación de los Estados Unidos del Sur, pero surge una alternativa institucional embrionaria ante el panamericanismo. Se trata del primer Pacto ABC suscrito por Argentina, Brasil y Chile. La toma de Panamá por parte de Estados Unidos, en 1903, fue una señal de alarma para Brasil cuya política exterior estaba dirigida por José María da Silva Paranhos Junior (1845-1912), el Barón de Rio Branco. Este planteó «que sólo reconocería la nueva república en acuerdo con Argentina y Chile, que según éste saldrían fortalecidas en mantener unidad de puntos de vista y procedimientos». ⁵² En estos años Rio Branco toma los primeros pasos hacia el tratado ABC, que finalmente se oficializa en 1914. Por cierto que ni Rio Branco ni las élites al mando del Estado brasileño, eran latinoamericanistas, tampoco lo eran en Argentina. Sin embargo, es un cambio que después de una larga historia de rivalidades, Brasil, a su manera, se orientaba hacia la región, que por su lado también buscaba incluirlo. Fue así que el presidente argentino Roque Sáenz Peña viaja a Río de Janeiro en 1912 proclamando, «todo nos une; nada nos separa». ⁵³ El continentalismo y su creciente expresión nacionalista van lentamente compenetrándose con las élites nacionales que de forma creciente se encuentran con las limitaciones de su condición periférica. Otro ejemplo, entre tantos, es el envío de José Vasconcelos, por parte del gobierno mexicano, a Brasil (en 1929) donde difunde con gran éxito su prédica por la integración cultural latinoamericana. ⁵⁴

También en América Central se producen movimientos integracionistas. Entre 1902 y 1905 se acepta una convención de arbitraje y se firman diversos tratados destinados a lograr la unidad de los pueblos centroamericanos. ⁵⁵ En 1907 llegan incluso a establecer una Corte de Justicia Centroamericana. Esta región, castigada por su posición estratégica, siempre ha sido precursora del integracionismo bajo el sueño latente de recrear el Estado post-colo-

⁵² Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *Conflito e integração na América do Sul. Brasil, Argentina e Estados Unidos. Da tríplice aliança ao MERCOSUL 1870-2003*, Rio de Janeiro, Editora Revan, 2003, p. 101.

⁵³ *Ibidem*, p. 125.

⁵⁴ Crespo, Regina Aída. «Cultura e política: José Vasconcelos e Alfonso Reyes no Brasil (1922-1838)», *Revista Brasileira de História*, vol. 23, no. 45, 2003, p. 189.

⁵⁵ García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 191.

nial de las Provincias Unidas de Centro de América (1823-1840). Siempre hubo, también, un lazo entre su proceso de integración y una visión «continental». Esto fue marcado, desde sus albores, por la influencia José Cecilio del Valle (1777-1834), que fuera presidente de la nueva entidad centroamericana.⁵⁶ Posteriormente, también por la influyente figura de Augusto Cesar Sandino (1895-1934), quién llamaba a la fusión de los Estados en una única nacionalidad latinoamericana.⁵⁷ Es también en Centroamérica, donde el segundo impulso del continentalismo recibe un golpe fatal, con el asesinato en 1934 de Sandino. Ese mismo año es prohibido el APRA en Perú y la región, en general, vive un clima de represión a los movimientos democratizadores y latinoamericanistas. Si bien, el segundo impulso del continentalismo nacionalista tuvo influencia en la generación de principio de siglo, no logró romper con la arraigada concepción librecambista, ni con el poder de las oligarquías dominantes, ligadas a los nacionalismos localistas. El continentalismo logra avanzar en los movimientos sociales, pero sus expresiones políticas no logran influenciar la dirección de los aparatos estatales.

4. El tercer impulso

Mientras en Argentina es desmantelada la democracia a partir del golpe contra el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930), incurriendo en un proceso de creciente fragmentación y debilitamiento institucional, en Brasil se produce un camino distinto. Tras la «Revolución» del 24 octubre de 1930, toma el gobierno Getulio Vargas (1930-1945) quién comienza un viraje decidido en la economía política brasileña. Vargas hace sintonía con distintos sectores de la sociedad que preocupados por la vulnerabilidad de su país, que vieron la imperiosa necesidad de consolidar un proceso de industrialización que conllevaría a una profunda reforma del aparato estatal. De ahí el

⁵⁶ Páez Montalban, Rodrigo. «Central America: In search of lost unity», en: Rivarola Puntigliano, Andrés & José Briceño Ruiz (eds.). *Resilience of Regionalism in Latin America and the Caribbean. Development and Autonomy*, Londres, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 121-145.

⁵⁷ Sandino, Augusto César. «La necesidad intransferible de efectuar una alianza entre nuestros Estados latinoamericanos: Plan para la realización del supremo sueño de Bolívar», en: Instituto de Estudio del Sandinismo. *Pensamiento antimperialista en Nicaragua*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1982, pp. 322-236; Cf. también Pakkasvirta, Jussi. *Apuntes sobre el continentalismo: el Aprismo, el Sandinismo y los Bolívares nacionales*, Helsinki, Centro Iberoamericano de la Universidad de Helsinki, 1991.

Estado Nôvo de Vargas, que sienta las bases para las transformaciones que hará en su segundo período de gobierno (1951-54). Sin ser un nacionalista continentalista, Vargas profundiza el direccionamiento de su país hacia la región y hacia una transición democrática. Con Vargas, los intereses del estado brasilero y sus objetivos de desarrollo están crecientemente ligados a la región. Todo esto es naturalmente parte de un proceso, personal y nacional; no es el mismo Vargas que asume el poder en 1930, al que asume la presidencia (con mayoría en las urnas) en 1951. El *ricorsi* antinacionalista también tiene un freno al norte, en México. El mismo año que muere Sandino (1934), Lázaro Cárdenas (1934-1940) es electo presidente e inicia reformas tendientes a mejorar la distribución de ingreso, los derechos sociales y la iniciativa estratégica del Estado.

Si bien el planteo continentalista tiene un retroceso desde lo político, la vertiente intelectual del nacionalismo continentalista se continúa desarrollando, ganando espacio en las universidades, desde México al Río de la Plata. En 1940 se crean simultáneamente centros académicos en Buenos Aires y en México, fundados por los filósofos Francisco Romero y José Gaos respectivamente, que significaron un gran impulso al estudio de un espíritu histórico común hispanoamericano. Más tarde, bajo la inspiración del filósofo mexicano Leopoldo Zea, se va gestando una vinculación continental que llegaba hasta su *alter ego* del sur, el uruguayo Arturo Ardao. Ambos lideraron una fuerte crítica a las ideas positivistas y utilitaristas, dominantes en América Latina, buscando, desde una nueva visión de la historia del pensamiento filosófico, rescatar la identidad propia en una «filosofía latinoamericana.»⁵⁸

Con el fin de la segunda guerra mundial se produce un profundo cambio sistémico. Se crea la Organización de Naciones Unidas (ONU), en 1945, tomando fuerza la idea de libre determinación de los pueblos y los principios universales de Derechos Humanos. Con base en estudios que ya provenían de la Liga de Naciones, surge también un reconocimiento de las asimetrías existentes entre los países, y la conciencia de la necesidad de modelos alternativos de «desarrollo» para las naciones no industrializadas. La industrialización se transforma en sinónimo de desarrollo y soberanía, ligada a derechos sociales y políticos. Todos, elementos inherentes al nacionalismo continentalista, que no demora en reaparecer.

⁵⁸ Ardao, Arturo. *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Universidad de la República: Departamento de Publicaciones, 1996, p. 87.

Un giro determinante se da esta vez en Argentina, con el primer gobierno de Juan Domingo Perón (1946-52). Perón, al igual que Vargas en 1951, llega al poder por voto popular. Las masas presionan por la restauración de la democracia y con ella llevan a Perón y su Partido Laborista al poder, quebrando la larga serie de gobiernos *de facto* y fraudulentos que dominaron el país desde 1930. Con Perón se retoma y estimula la convergencia hacia una geopolítica nacionalista y continentalista, desde el cono sur. Este movimiento se fortalece con la victoria de la revolución popular en Bolivia, restaurando también la democracia que lleva a la presidencia a Víctor Paz Estenssoro (1952-56) y su Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

En este contexto, Brasil, con el segundo gobierno de Vargas, se plantea un decidido impulso a una estrategia de desarrollo industrial y una política exterior más independiente. Es el momento cuando, según Helio Jaguaribe, se hace consiente el «nacionalismo brasileño.»⁵⁹ Tanto Argentina como Brasil, comienzan a transitar un proceso de desarrollo en la línea de los puntos planteados por Ugarte. No sólo en lo político (democratización), sino también en lo económico, esfera en la cual la industrialización y redistribución se hacían parte de la agenda oficial. Más allá de resabios autoritarios, el ciclo «nacional-popular» representó una ruptura con el pasado autoritario y un enfrentamiento a las oligarquías agro-exportadoras.

En la visión de la nueva geopolítica nacionalista, la industrialización iba de la mano del regionalismo y del continentalismo. Con esto en mente, Perón concibe a la región como un espacio imprescindible para el desarrollo económico argentino. En 1947 intenta acuerdos de unión aduanera con Chile y en septiembre de 1951 realiza el planteo de un segundo ABC, ahora sí con intención continentalista. Como bien explica Methol Ferré, «Perón se da cuenta que lo primero es plantear la posibilidad de unificar a América del Sur, no América Latina. América del Sur, si lo logra, quizá sea América Latina.»⁶⁰ Un eje del pensamiento de Perón era que el camino principal para la unidad suramericana, dependía de la alianza argentino-brasilera. Para lograr esto, intentaba encontrar un balance geopolítico con Brasil buscando afirmar la unión con otros países hispanoparlantes.

⁵⁹ Jaguaribe, Hélio. «The dynamics of brazilian nationalism», en: Veliz, Claudio (compilador). *Obstacles to change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1969, p. 167.

⁶⁰ Methol Ferré, Alberto. *La integración de América en el pensamiento de Perón*. Conferencia de Alberto Methol Ferré, 22 de julio de 1996, disponible en <http://www.metholferre.com/obras/conferencias/capitulos/detalle.php?id=7> (consulta: 8 de mayo de 2016).

Más allá de Perón, este nuevo impulso nacionalista debe ser visto a la luz de la sintonía que se va gestando en los movimientos que promueven nuevas dirigencias políticas en los Estados de la región. Se ha señalado a este movimiento y sus dirigentes como «populistas» con lo cual se pierde de vista su vocación democrática y el real apoyo «popular». También se describe como de «mirada hacia adentro», lo que deja de lado la vocación integracionista como base para integrarse al mundo. La nueva ola nacionalista tenía también una alta vocación internacional, que encuentra amparo en las Naciones Unidas. Las ideas de autodeterminación, democracia, así como la visión del «desarrollo», entendido como el movimiento hacia arriba de todo un sistema social, encuentra, a partir de 1945, legitimidad en el *soft power* (poder suave) que irradiaba la ONU.

Es justamente en el ámbito de la ONU que se produce una de las primeras victorias latinoamericanistas: la confirmación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 1948. Para ese año, Estados Unidos había montado una «seria ofensiva para que CEPAL fuera absorbida por la Unión Panamericana – cuyo nombre, para ese entonces, había sido cambiado a Organización de Estados Americanos (OEA).»⁶¹ Es también este mismo año, ya con Raúl Prebisch como Secretario General de CEPAL, que se da la gran batalla por la existencia de la Comisión. Si bien la mayoría de los países latinoamericanos apoyaba a la CEPAL, se requería la intervención decidida de un país grande para poder confrontar la postura estadounidense. Getulio Vargas da aquí un paso histórico, brindando su apoyo abierto detrás del cual se alineó la mayoría de los países latinoamericanos. Esto significó, para Brasil, un direccionamiento hacia el regionalismo latinoamericano. No obstante, un cambio histórico estaba lejos de eliminar los fuertes intereses localistas, en gran medida ligados a intereses de las grandes potencias. Estos sectores no querían participar financiando la industrialización, e incluso fomentaban la tradicional rivalidad argentino-brasileña. Si bien Vargas era favorable a la visión regionalista, también era consciente de los obstáculos internos y externos de cualquier entendimiento más profundo con la Argentina justicialista. La correlación de fuerzas lo obligaba a mantener reserva.⁶²

⁶¹ Rosenthal, Gert. «ECLAC: A commitment to a Latin American way toward development», en: Berthelot, Yves (compilador). *Unity and diversity in development ideas. Perspectives from the UN Regional Commissions*, Bloomington. Indiana University Press, 2004, p. 173.

⁶² Moniz Banderia, L. A., *Conflito e integração...*, p. 257.

En Centroamérica también resurgen los proyectos de integración económica y política, desde comienzo de los 50 del siglo XX. Había también un proceso de democratización y desarrollo social, con Guatemala como modelo emblemático. Reforma agraria, distribución de ingreso, nacionalización, industrialización e integración estaban en la agenda de la región. Otra vez, es en América Central, donde se va más lejos en el camino integracionista, con la mira puesta en una unión aduanera y la creación de un sistema supranacional. En octubre de 1951, se firma la Carta de San Salvador, documento que da origen a la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA). Un año después, asesorados por la CEPAL, se pasa a un plano económico con la constitución del Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano, integrado por los ministros de economía de cinco países (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica).

Pero todos estos avances tienen corta duración. En Brasil, el nacionalismo recibe un fuerte revés con el suicidio de Vargas el 24 de Agosto de 1954, presionado por las fuerzas que promovían un golpe de Estado. Poco después, el 19 de septiembre de 1955, Perón es derrocado por un golpe militar, con lo cual se debilita el proceso de democratización argentino y la línea integracionista ligada a la política industrializadora. América Central tampoco estuvo ausente del embate golpista que fue derribando presidentes nacionalistas en toda la región. En junio de 1954, dos meses después de la muerte de Vargas, cae el gobierno democrático del guatemalteco Jacobo Árbenz (1951-54), en una acción apoyada militarmente por Estados Unidos. El golpe contra el nacionalismo democrático y popular es continental, pero no mortal.

Tras la confusión que deja la muerte de Vargas, y los intentos de desmantelar el proceso de cambio, en 1956 los brasileños vuelven a las urnas, votando por un gobierno nacionalista liderado por Juscelino Kubitschek, que retoma la senda de Vargas. Es justamente en ese año que Raúl Prebisch y la CEPAL lanzan una propuesta de integración regional. En Argentina, aprovechando una apertura democrática, el electorado nuevamente se inclina por un candidato nacional-popular, dándole la victoria a Arturo Frondizi (1958-62). Más allá de diferencias, Frondizi estaba alineado a Perón en lo fundamental: una política industrializadora con miras a una apertura democrática. Frondizi pasa a definirse como «desarrollista», un concepto que sintetiza políticamente el planteo histórico del nacionalismo argentino con la creciente legitimidad e influencia de los planteos desde la ONU, a través de la CEPAL. En otras palabras, con el «desarrollismo», Frondizi logra

darle al nacionalismo una imagen más moderna (tecnocrática), desde una perspectiva integracionista que tiene como centro reactivar el eje argentino-brasileño.

Es en ese momento histórico que los nacionalistas latinoamericanos retoman la iniciativa, movilizando masas populares y con propuestas concretas para acelerar la integración económica. Por primera vez se contaba con espacios regionales propios de coordinación técnica y elaboración de ideas, en lo cual la CEPAL tuvo un papel central. Sin embargo, los líderes políticos eran conscientes de las limitaciones internas para financiar el desarrollo, uno de los motivos por lo cual Kubitscheck intenta atraer recursos de Estados Unidos por medio de la Operación Panamericana (OPA). No sólo se solicitaba créditos sino también una política de tolerancia hacia un proteccionismo que hiciera viable la industrialización. Nada muy distinto a lo que se le estaba dando a Europa en aquel momento.⁶³ Al no recibir el apoyo requerido de Estados Unidos, la atención se centra en la conformación de un mercado común latinoamericano. Este finalmente se produce con la firma del Tratado de Montevideo el 1 de febrero de 1960,⁶⁴ dando lugar a la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en junio de 1961. La creación de la ALALC es de absoluta trascendencia ya que es la segunda gran confirmación internacional del concepto «América Latina», después de CEPAL. La activa participación de Brasil en esto es fundamental, confirmando definitivamente su orientación regionalista; en este caso, latinoamericana.

Más allá de este logro, la falta de apoyo de Estados Unidos, cuando no era su directa obstaculización, era un freno al impulso integracionista que se encontraba cada vez más ahogado en la polarización de la guerra fría. La revolución cubana en 1959 marcó un punto clave en incorporar a América Latina de forma plena en el juego de las superpotencias. Originalmente, la revolución fue una expresión del profundo rechazo a la oligarquía local y no parte de la estrategia del Partido Comunista Cubano, o la Unión Soviética. No obstante, en el marco de la disputa entre las dos potencias hegemónicas, el nuevo gobierno cubano terminó alineándose claramente con el bloque soviético, adoptando su sistema político y económico. Asegurado con

⁶³ América Latina era el único espacio regional que no estaba cubierto por programas de cooperación estadounidenses. Thorp, Rosemary. «The Latin American economies in the 1940s», en: Rock, David (compilador). *Latin America in the 1940s. War and postwar transitions*, Londres, University of California Press Ltd., 1994, p. 51.

⁶⁴ Los países firmantes fueron: Brasil, Argentina, Chile, México, Paraguay, Uruguay, Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela (1966) y Bolivia (1967). Entró en vigencia en junio de 1961.

este apoyo, el gobierno cubano pasa a una estrategia de «exportación de la revolución», a favor de la revolución continental inspirando nuevos movimientos revolucionarios.⁶⁵ Con esto se debilita el margen político del desarrollo pro-sistémico y democrático que promovía el nacionalismo desde la llamada «Tercera Posición» que, sin embargo, nunca deja de reclamar por la soberanía cubana ante la política abiertamente intervencionista de Estados Unidos.

A modo de evitar nuevas «cubas», Estados Unidos modifica su política exterior, cambio que se consolida con el nuevo gobierno de John Fitzgerald Kennedy (1961-1963). Se otorgan recursos para la conformación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en 1959, y se produce una apertura ante los planteos políticos y económicos por parte de los latinoamericanos (con Raúl Prebisch como gran artífice); promovidos a través de la Alianza para el Progreso, creada en 1961. Apoyo a mayor intervención del Estado, democracia, integración regional, planificación y reforma agraria son algunos de los elementos partes de la agenda inicial de la Alianza. Quizás el año 1961 es la única vez en la cual el latinoamericanismo y el panamericanismo no parecieran antagónicos, y no es imposible que esto se pueda volver a repetir. Estados Unidos, incluso, apoya para la presidencia del BID, al economista chileno Felipe Herrera, quien también era socialista desarrollista y un gran exponente del nacionalismo continentalista. Herrera definía a América Latina como una «nación fragmentada», considerando la integración regional, como un elemento esencial para el desarrollo y su inserción competitiva al mundo. Un mundo que, en su visión, estaría dominado por «pueblos-continente», y el latinoamericano podría ser uno de ellos.⁶⁶

Sin embargo, la euforia en torno a la Alianza duró poco. Ya en 1962, todavía durante el gobierno de Kennedy, el eje argentino-brasileño es nuevamente debilitado por el golpe a Frondizi, en marzo de 1962. Con el asesinato de Kennedy en noviembre de 1963, se sella definitivamente el retorno a la vieja política imperialista de Estados Unidos hacia América Latina. Pocos meses después de la muerte de Kennedy, se produce el golpe de Estado al presidente brasileño João Goulart (1961-1964). La primera víctima de la violenta alineación a la zona de «*Pax Americana*», no fue el comunismo (y ramas afines), sino el nacionalismo continentalista latinoamericano.

⁶⁵ Katarzyna, Krzywicka. «La política de Cuba hacia América Latina», en: Dembiczy, Andrzej (compilador). *Reflexiones en torno a los 50 años de la revolución de Castro*, Varsovia, Universidad de Varsovia, 2009, p. 324.

⁶⁶ Herrera, Felipe. *El nacionalismo latinoamericano*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria S.A., 1967, pp. 21-22.

5. El cuarto impulso

Con el debilitamiento de ALALC y los golpes contra los gobiernos desarrollistas, toman sucesivamente las riendas las viejas fuerzas oligárquicas, creadoras de los nacionalismos localistas, que ligaron las capitales nacionales a las metrópolis de los centros económicos. Nuevamente, al igual que en el siglo XIX, el librecambismo -favorable a la exportación de productos primarios y el desmantelamiento de la iniciativa estatal- comienza a consolidarse como idea dominante. En el dualismo de la guerra fría surge un intento de uniformizar los gobiernos de la región bajo el panamericanismo de la OEA y el manto ideológico de la Doctrina de Seguridad Nacional. Este funcionaba como un eje doctrinario de política nacional y exterior que sirvió de argumento para derrocar los gobiernos desarrollistas, y más tarde alinear a los Estados latinoamericanos en la «lucha contra el comunismo». Significaba la pertenencia a la «civilización occidental», definida entorno a los intereses geopolíticos y económicos estadounidenses.

En el dualismo de la guerra fría surge también otro continentalismo alternativo, ligado al nuevo gobierno pro-soviético de Cuba. En su constante prédica anti-imperialista, igualitarista y latinoamericanista, el gobierno revolucionario encuentra pasto fértil en el nacionalismo continentalista y con esto un amplio apoyo de las masas populares de la región. Sin embargo, en el afán de institucionalizar «la revolución» el nuevo gobierno pasa a alinearse a la esfera soviética. En Cuba se desarrolla un sistema político inspirado en el soviético, marcando una alternativa a la economía de mercado y a la «democracia burguesa». Dos puntos en los cuales la alternativa cubana choca con la tradición democrática y pluralista del nacionalismo latinoamericano, pues no había apoyo para la eliminación del derecho a libre expresión y la eliminación de la economía de mercado. Era justamente el choque con los elementos autoritarios que también quitaba legitimidad a los gobiernos afiliados a la Doctrina Nacional de Seguridad. Aislados de la «nación» que intentaban salvar y tras un rotundo fracaso en lo económico (en gran parte por este motivo), los aparatos represivos se van substituyendo por gobiernos democráticos hacia mediados de los años ochenta. Con el retorno de la democracia resurge también lentamente el continentalismo latinoamericanista.

Es importante remarcar que este retorno no surge de la nada. Más allá de diferencias, el continentalismo estaba latente en la posición cubana de usar el latinoamericanismo en oposición a las agresiones desde el bloque capitalista, pero en el otro extremo de la Doctrina de Seguridad Nacional, también encontramos elementos del

continentalismo nacionalista, aunque no latinoamericanista. Un ejemplo es la percepción geopolítica desde el Estado brasileño. Si bien, se produce un alineamiento con Estados Unidos en el primer gobierno militar de Castelo Branco (1964-1967), los gobiernos militares posteriores comienzan un gradual retorno a la política de los gobiernos desarrollistas, que conduce a un retorno de la visión integracionista y la política exterior independiente. No desde un punto de vista latinoamericanista o democrático, pero sí ligado a las posibilidades del desarrollo nacional brasileño. Nuevamente se pasa a definir a Argentina como aliado estratégico y a la integración regional como un instrumento esencial para la industrialización. Brasil promueve así el retorno de la senda regionalista, apoyando la creación de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), en 1980, como sustituto de la ALALC. Si bien sus resultados fueron limitados, en gran parte por el gran impacto de la gran crisis de la deuda que se inicia en 1982, marca un nuevo paso en retomar la dirección anterior.

Más allá de esto, el gran punto de inflexión hacia el cuarto impulso es la guerra de las Malvinas (1982), cuando Argentina recurre a Estados Unidos para solicitar su apoyo en nombre de la Doctrina Monroe y se lo niegan; sí recibió, en cambio, el apoyo decidido desde Brasil. A partir de esto se comienza a dar un giro en las fuerzas armadas argentinas que llevan a la apertura democrática y al posterior acercamiento con Brasil durante la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989). Es importante mencionar también el papel de México en el gradual retorno del continentalismo, ya latinoamericano, en la política regional. México siempre intentó mantener una política exterior independiente de Estados Unidos. Además de mantener relaciones con Cuba, es México quien encabeza el Grupo de Contadora, creado en 1983 para ofrecer una mediación de la región al conflicto centroamericano. En 1986, este grupo se desarrolla en la creación de Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, conocido como Grupo de Río, en cual llegaron a participar 23 países de la región. Esto significaba un mecanismo propio de consulta para los países latinoamericanos y una voz conjunta que se transforma en espacio alternativo al espacio panamericano de la OEA.

Por otro lado, un elemento debilita el resurgimiento del continentalismo nacionalista latinoamericano: la debilidad de los Estados ante la profunda crisis económica durante los años ochenta. Esto da auge a una fuerte ola librecambista (ahora llamada, «neoliberal») que toma cuerpo bajo la etiqueta del «Consenso de Washington». Una consecuencia de esto es un nuevo impulso del continentalismo panamericanista, en la propuesta estadounidense de

crear un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), lanzada inicialmente por el presidente George H. W. Bush (1989-1993) en su Iniciativa por las Américas (junio de 1990).⁶⁷ Nada nuevo bajo el sol, se trataba simplemente de un nuevo intento de retornar al proceso fracasado de 1889, buscando reflotar el desprestigiado panamericanismo; sólo que esta vez, proponiendo un acuerdo de libre comercio, no una unión aduanera. A diferencia del impulso de 1889, esta vez surge una respuesta organizada desde América Latina. A pesar de las fuertes corrientes neo-liberales y panamericanistas, el nuevo eje argentino-brasileño responde con la creación de una *zollverein* del sur, el Mercado Común del Sur (Mercosur), en 1991.

Dejando de lado la gran cantidad de contradicciones y problemas que tiene este proceso, interesa remarcar las tendencias. Basta señalar que a partir del colapso del Consenso de Washington (simbolizado por la crisis argentina del 2001) y el apoyo de Estados Unidos al intento de golpe en Venezuela en el 2002, toma fuerza el continentalismo nacionalista latinoamericano en la nueva ola de gobiernos democráticos y populares que ganan espacio político en la región. Pierde legitimidad Estados Unidos (su visión económica y sus organismos tradicionales de influencia) pero también deja de ser influyente el modelo alternativo cubano. La democracia, el pluralismo y (claramente a partir del 2001) la distribución de ingreso, se van consolidando como partes naturales de los proyectos de desarrollo latinoamericanos. Todo esto de la mano de una creciente disposición integracionista, que se observa tanto en la práctica como en las fundamentaciones electorales de los nuevos gobiernos. Más allá de la influencia de los cambios sistémicos (fin de la guerra fría) en este proceso, se debe resaltar un elemento endógeno de absoluta importancia. Se trata del paulatino surgimiento de una alternativa concreta de poder en la región: Brasil.

Desde el establecimiento de la democracia, Brasil retoma su legitimidad para promover la integración y acercarse políticamente a los pueblos hispanos. Dada la gran asimetría en tamaño y la historia de rivalidades con sus vecinos, la legitimidad brasileña (su *soft power* o *poder suave*) es igual dependiente que Alemania en el contexto europeo, de la democracia y del diálogo pacífico. También al igual que los alemanes, Brasil depende de la región para tener un piso fuerte con el cual actuar como potencia mundial. Al mismo tiempo, la región

⁶⁷ Oficializada en la Cumbre de las Américas en Miami (diciembre de 1994), pero inicialmente lanzada por el presidente George H. W. Bush (1989-1993) en su iniciativa por las Américas en junio de 1990.

también depende de Brasil. De la misma manera que se dependió de la acción decidida de Vargas para salvar la CEPAL en los años cincuenta, la región requiere un Estado fuerte que lidere la integración y promueva la presencia latinoamericana en las nuevas esferas de poder mundial. Las limitaciones de Brasil para llevar adelante este papel son evidentes. Sin embargo, es claro que su papel de liderazgo en el direccionamiento continentalista es clave, como se ha visto en la creación de la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) en el 2008. Apenas a un año de su creación, la UNASUR asume un papel central en la mediación de un grave conflicto nacional en Bolivia (septiembre del 2008). Con asombrosa aceleración, la UNASUR ya tiene como instituciones afines a consejos regionales como el de energía, de salud y de seguridad. Este último, es primera entidad en la historia del regionalismo en América Latina, en la cual se coordinan temas de la industria de defensa.

En la línea de pensamiento de Trías,⁶⁸ parecería que los latinoamericanos crecientemente llegan a la conclusión de que un continente dividido quiere decir hegemonía de poderes externos (sea Gran Bretaña, Estados Unidos o quizás próximamente China). La otra cara de la moneda, parecería ser que un continente unido signifique hegemonía brasilera. Una gran diferencia entre los extranjeros y este poder de la región es que (usando nuevamente la analogía), al igual que Alemania en Europa, Brasil no puede dominar por la fuerza. Esto es lo que tempranamente entendió el Barón de Río Branco, inspirador del primer ABC, y es lo que empuja a Brasil hacia la formación de espacios estatales regionales, priorizando el continente suramericano, pero sin desligarse de la dimensión latinoamericana. Una prueba de esto, y de la vigencia del continentalismo latinoamericano, es la reciente creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), en el año 2010. Al mismo tiempo, siguen existiendo las tendencias fragmentarias, que han adquirido nuevas formas y en algún caso han crecido. Un ejemplo es la creciente conexión de México a Estados Unidos por medio del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), de 1994. Esto incorpora a México al espacio norteamericano, creando una barrera al continentalismo latinoamericano cuya esperanza de adquirir fuerza geopolítica, como dijera Perón, pasa por la consolidación de la integración suramericana.

⁶⁸ Trías, Vivián. *Las montoneras y el Imperio Británico*, Montevideo, Ediciones Uruguay, 1961, p. 57.

Finalizando la primera década del nuevo siglo se observa que, por segunda vez en la historia moderna de América Latina, existe una conexión directa entre las masas populares y gobiernos democráticos que promueven el continentalismo. Al igual que en veces anteriores, también subsisten los nacionalismos localistas con distintas visiones sobre el camino a seguir, lo cual genera fricciones y contradicciones. Sin embargo, la tendencia hacia el continentalismo se mantiene. Un motivo parece ser el proceso de fortalecimiento del eje Brasil-Argentina, cuya correlación positiva con la integración parece ser una ley de la geopolítica regional. Existen, no obstante, diferencias con períodos anteriores. Una es sistémica, las potencias extranjeras no parecen tener la misma fuerza militar y económica de incidencia. Estados Unidos ha estado sumido en un proceso de debilitamiento que le ha quitado liderazgo, y la Unión Europea tiene sus propias limitaciones para actuar internacionalmente. Pateando el tradicional tablero de poderes, China ya es el principal socio comercial de los países suramericanos y clave para otros países de la región. Esto genera cierto margen de maniobra, al igual que actualiza los planteos de Felipe Herrera en torno a la necesidad de la integración, en la era de los «pueblos continente». Quizás Marcelo Gullo esté en lo cierto, afirmando que si alguna vez habría una oportunidad para consolidar el proceso soñado por Miranda, parecería ser en el actual contexto histórico.⁶⁹

6. Conclusión

Vivián Trías identifica tres tipos de nacionalismos.⁷⁰ En primer lugar el nacionalismo anti-feudal y demo-liberal de las revoluciones del 1830 y 1948. Segundo, el nacionalismo imperial que en Gran Bretaña significó «la política de los mares», en Francia la «*grandeur*», en Estados Unidos «el destino manifiesto» y más tarde en Alemania la «superioridad racial». Según Trías, la agresión de los imperialismos y las consecuencias en la ruptura del sistema internacional por las guerras mundiales del siglo XX dan lugar a un tercer tipo de nacionalismo; un nacionalismo anti-imperialista, que en América Latina está ligado a valores humanistas con raíces ibéricas y a los fundamentos

⁶⁹ Gullo, Marcelo. *Argentina-Brasil. A grande oportunidade*, Rio de Janeiro, Mauad Editora Ltda., 2005.

⁷⁰ Trías, Vivián. *Bolívar. Personajes y episodios*. Obras de Vivián Trías, tomo 15, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992, p. 72.

sociales que inspiraron las revoluciones estadounidense, haitiana⁷¹ y francesa. Como se ha señalado anteriormente, podría denominarse como un «nacionalismo periférico».

Si bien en América Latina existen varios nacionalismos que pueden entrar dentro de esta denominación, no es adecuada para identificar los rasgos específicos del nacionalismo continentalista que se ha intentado descifrar a lo largo de este trabajo. Tampoco es un nacionalismo que sólo se pueda atribuir a la región. Se puede encontrar en el proceso de unificación alemana con eje en la *Zollverein*; en el movimiento de modernización japonés a través de las llamadas reformas Meiji en Japón durante fines del siglo XIX, así como el posterior planteo modernizador chino del Kuomintang (Partido Nacionalista Chino) dirigido por Yat-Sen Sun (1866-1925).⁷² Todos estos nacionalismos fueron reacciones unificadoras para confrontar potencias superiores. También en América Latina fue una reacción contra los imperialismos. En primera instancia los ibéricos, pero más tarde también hacia otras potencias europeas y Estados Unidos. Es posible que de haber triunfado tempranamente, el nacionalismo continental de Bolívar hubiera también desarrollado una estrategia imperial propia, como hicieron otros. Pero no triunfó, con lo cual ha permanecido con determinadas características propias desde su concepción periférica, que se ha nutrido de nuevos y modernos valores.

Distinto al nacionalismo que evolucionó en varios de los otros países nombrados, el latinoamericano ha ido adquiriendo como elemento sustancial la «cuestión social» y su lazo a los derechos democráticos y universales provenientes de las revoluciones republicanas de fines del siglo XIX. Bolívar entendió que la fragmentación llevaba a la vulnerabilidad y al sometimiento ante las grandes potencias. Trías deja esto en claro al señalar que «Bolívar proclamó que la revolución nacional y popular de nuestras patrias será continental o no será. Eso es Bolívar puro.»⁷³ Si bien, Bolívar entendió que su proyecto era imposible sin una política inclusiva hacia las masas, sólo lo vemos como un incipiente comienzo del nacionalismo continentalista cuya concepción social e integracionista ha ido avanzando en un largo proceso histórico.

⁷¹ En este pasaje Trías solo se refirió a la estadounidense y la francesa. Agregamos la haitiana ya que le corresponde un lugar de avanzada en el proceso de modernización occidental y la construcción de los derechos humanos. Haití es el primer gran golpe contra el esclavismo y la exclusión de la población afroamericana en la nueva ciudadanía americana.

⁷² Arndt, H. W. *Economic development. the history of an idea*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1989, p. 16.

⁷³ Trías, V., Bolívar. Personajes y... p. 74.

Algunos especialistas identifican al nacionalismo en América Latina como una fuerza potente pero en declive,⁷⁴ otros lo han señalado como un club de debate entre intelectuales.⁷⁵ Desde otro ángulo se pone al nacionalismo entre los tantos objetos a encontrar en el «mausoleo de modernidades» latinoamericanas.⁷⁶ En general, estas miradas hacia los procesos latinoamericanos tienen en común la constante historia del fracaso de la modernización, que generalmente es atribuido a la herencia de las «retrógradas» e «ineficientes» instituciones ibéricas.⁷⁷ Sin embargo, los elementos claves del nacionalismo continentalista no parecen ni fracasados, ni reliquia de ningún mausoleo. Más bien se aplica aquí la vieja frase de «los muertos que vos matáis gozan de buena salud».

El continentalismo continúa existiendo, tanto como ideología y como parte de estrategias y visiones geopolíticas. Sin duda es un tema que merece mayor investigación. La hipótesis presentada en este capítulo es que hay una tendencia de los países a incorporarse en organismos integracionistas con una fundamentación en la cual (crecientemente) se recurre a las raíces nacionalistas presentadas en este estudio. El continentalismo se ha ido transformando en nacionalismo gracias a un profundo arraigo popular que no existe, por ejemplo, en el continentalismo panamericano. Nunca ha habido un grado de institucionalización como el actual, ni nunca ha habido tantos planes concretos de desarrollarlo. No obstante, ¿hasta qué punto las masas populares están dispuestas a substituir lo (mucho) que queda de nacionalismo localista? En el caso de Suramérica se percibe con claridad como la geopolítica va impulsando la construcción de espacios estatales regionales. La gran pregunta es: ¿surgerà una estrategia que combine la economía-política, la geo-política y la etno-política, a modo de crear una visión continentalista capaz de atrapar lealtades más allá de clases y etnias locales? Por lo pronto, la historia indica que, en la región, la unión por la fuerza no parece un camino viable.

⁷⁴ Wiarda, Howard J. *The soul of Latin America. The cultural and political tradition*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 2001, p. 210.

⁷⁵ Grunwald, Joseph; Wionczek, Miguel S.; y Carnoy, Martin. *Latin American economic integration and U.S. policy*, Washington D.C., The Brookings Institution, 1972, p. 14.

⁷⁶ Whitehead, Laurence. *Latin America: A new interpretation*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.

⁷⁷ Por dos pilares de este planteo, Cf. Véliz, Claudio. *The new world of the gothic fox: Culture and economy in english and spanish America*, Berkeley, University of California Press, 1994; North C., Douglas. *Institutions, institutional change and economic performance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Referencias

- «El Nacionalismo continentalista en Latinoamérica». *Anales Nueva Época*, no. 12, 2010, pp. 165-198.
- Anderson, Benedict. *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, Nueva York, Verso, 2006 Original 1983.
- Anjos, João Alfredo dos. *José Bonifácio. Primeiro Chanceler do Brasil*, Brasília, FUNAG, 2008.
- Ardao, Arturo. *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Caracas, Monte Ávila Editores Ltda., 1978.
- Ardao, Arturo. *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Universidad de la República: Departamento de Publicaciones, 1996.
- Ardao, Arturo. *Nuestra América Latina. Temas latinoamericanos 1*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.
- Arndt, H. W. *Economic development. The history of an idea*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1989.
- Barrios, Miguel Ángel. *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2007.
- Bohórquez Morán, Carmen L. *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2006.
- Bosch, Juan. *Bolívar y la guerra social*, Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1980.
- Bradford Burns, E. *A history of Brazil*, Nueva York, Colombia University Press, 1980.
- Bulmer-Thomas, Victor. *The economic history of Latin America since independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Casas, Gustavo de las. «Is nationalism good for you?», *Foreign Policy*, marzo - abril 2008, pp. 51-57.
- Crespo, Regina Aída. «Cultura e política: José Vasconcelos e Alfonso Reyes no Brasil (1922-1838)», *Revista Brasileira de História*, vol. 23, no. 45, 2003, pp. 187-208.

- Devés Valdés, Eduardo. «O pensamento nacionalista na América Latina e a reivindicação da identidade econômica (1920-1940)», *Estudos Históricos*, no. 20, 1997, pp. 321-334.
- Eisenstadt, Shmuel N. «The construction of collective identities in Latin America: beyond the european nation state model», en: Luis Roniger y Mario Sznajder (compiladores). *Constructing collective identities and shaping public spheres. Latin American paths*, Portland, Sussex Academic Press, 1998, pp. 245-265.
- Fanon, Frantz. *The wretched of the earth*, Nueva York, Grove Press, 1963.
- García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Grunwald, Joseph; Wionczek, Miguel S.; y Carnoy, Martin. *Latin American economic integration and U.S. Policy*, Washington D.C., The Brookings Institution, 1972.
- Gullo, Marcelo. *Argentina-Brasil. A grande oportunidade*, Rio de Janeiro, Mauad Editora Ltda., 2005.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial S.A., 2004.
- Herrera, Felipe. *El nacionalismo latinoamericano*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria S.A., 1967, pp. 21-22.
- Hobsbawm, Eric J. *Nations and nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- INTAL. «Historia latinoamericana. Congresos científicos latinoamericanos», *Integración Latinoamericana*, vol. 2, no. 14, junio 1977, pp. 95-96.
- Jaguaribe, Hélio. «The dynamics of brazilian nationalism», en: Veliz, Claudio (compilador), *Obstacles to change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1969, pp. 102-187.
- Katarzyna, Krzywicka. «La política de Cuba hacia América Latina», en: Dembicz, Andrzej (compilador). *Reflexiones en torno a los 50 años de la Revolución de Castro*, Varsovia, Universidad de Varsovia, 2009, pp. 321-336.
- Kaufmann, William W. *British policy and the independence of Latin America*, Nueva Haven, Yale University Press, 1951.

- List, Friedrich. *National system of political economy*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1856. Original 1841.
- Martí, José. *Obras completas de Martí*, no. 21, La Habana, Editorial Trópico, 1940.
- Methol Ferré, Alberto. «Del Arielismo al MERCOSUR», en: Zea, Leopoldo y Hernán Taboada (compiladores). *Arielismo y globalización*, México D.F, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2002, pp. 33-40.
- Methol Ferré, Alberto. *La integración de América en el pensamiento de Perón*. Conferencia de Alberto Methol Ferré, 22 de julio de 1996, disponible en <http://www.metholferre.com/obras/conferencias/capitulos/detalle.php?id=7> (consulta: 8 de mayo de 2016).
- Moniz Banderia, Luiz Alberto. *Conflito e integração na América do Sul. Brasil, Argentina e Estados Unidos. Da Triplíce Aliança ao MERCOSUL. 1870-2003*, Río de Janeiro, Editora Revan, 2003.
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto. *De Martí a Fidel. A Revolução cubana e a América Latina*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1998.
- Morgenfeld, Leandro. *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1955)*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2011.
- Newcomb, Robert Patrick. «José Enrique Rodó: «Iberoamérica» the magna patria, and the question of Brazil», *Hispania*, vol. 93, no. 3, 2010, pp. 368-379.
- Páez Montalban, Rodrigo. «Central America: In search of lost unity», en: Rivarola Puntigliano, Andrés y José Briceño Ruiz (eds.). *Resilience of regionalism in Latin America and the Caribbean. Development and autonomy*, Londres, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 121-145.
- Pakkasvirta, Jussi. *Apuntes sobre el continentalismo: el Aprismo, el sandinismo y los blívares nacionales*, Helsinki, Centro Iberoamericano de la Universidad de Helsinki, 1991.
- Paradiso, José. «Europeísmo y eurocentrismo», *Puente @ Europa*, vol. 5, no. 3, noviembre 2007, pp. 57-65.
- Reza, Germán A. de la. *El ciclo confederativo. Historia de la integración latinoamericana en el siglo XIX*, Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2012.

- Rivarola Puntigliano, Andrés. «A zean perspective of Latin American dichotomies», *Stockholm Review of Latin American Studies*, no. 3, diciembre 2008, pp. 33-43.
- Rivarola Puntigliano, Andrés. «Brasil, América Latina y la integración regional», *Revista IMELA-UNILA*, vol. 1, no. 2, pp. 73-87.
- Rivarola Puntigliano, Andrés. «De CEPAL a ALALC: tres vertientes del pensamiento regionalista en Latinoamérica», en: Jose Briceño Ruiz, Andrés Rivarola Puntigliano & Angel Casas Gragea (eds.). *Integración Latinoamericana y Caribeña. Política y Economía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2012, pp. 79-104.
- Rosenthal, Gert. «ECLAC: A commitment to a Latin American way toward development», en: Berthelot, Yves (compilador). *Unity and diversity in development ideas. Perspectives from the UN Regional Commissions*, Proyecto de Historia Intelectual de las Naciones Unidas, Bloomington. Indiana University Press, 2004, pp. 168-232.
- Rugai Bastos, Elide. *Gilberto Freyre e o pensamento hispânico. Entre Dom Quixote e Alonso el Bueno*, Bauru, EDUSC/ANPOCS, 2003.
- Sandino, Augusto César. «La necesidad intransferible de efectuar una alianza entre nuestros Estados latinoamericanos: Plan para la realización del supremo sueño de Bolívar», en: Instituto de Estudio del Sandinismo. *Pensamiento antimperialista en Nicaragua*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1982, pp. 322-336.
- Söderbaum, Fredrik. «Rethinking regions and regionalism», *Georgetown Journal of International Affairs*, verano - otoño 2013, pp. 9-18.
- Tilly, Charles (compilador). *The formation of national states in western europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975.
- Thorp, Rosemary. «The Latin American economies in the 1940s», en: Rock, David (compilador). *Latin America in the 1940s. War and postwar transitions*, Londres, University of California Press Ltd., 1994, pp. 41- 57.
- Trías, Vivián. *Bolívar. Personajes y episodios*. Obras de Vivían Trías, tomo no. 15, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992.
- Trías, Vivián. *Las montoneras y el Imperio Británico*, Montevideo, Ediciones Uruguay, 1961.
- Ureña Henríquez, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1954.

Wallerstein, Immanuel. *Geopolitics and geoculture. Essays on the changing world-system*, Nueva York, Press Syndicate of the University of Cambridge, 2001.

Weigert, Hans W. *Generals and geographers. The twilight of geopolitics*, Nueva York, Books for Libraries Press, 1972.

Whitehead, Laurence. *Latin America: A new interpretation*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.

Wiarda, Howard J. *The soul of Latin America. The cultural and political tradition*, Nueva Haven y Londres, Yale University Press, 2001.

Zea, Leopoldo. *Filosofía de la historia americana*, México D.F, Fondo de Cultura Económica, 1978.